

# EL PROGRAMA COMUNISTA

suplemento en español al  
PROGRAMMA COMUNISTA  
órgano del Partido Comunista Internacional

---

**Nr. 14** - Mayo-Julio 1974 - Precio ejemplar 25 pts. - Abono anual 100 pts.

---

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO es la línea que va de Marx-Lenin a los comienzos de la III Internacional, a la lucha de la Oposición de Izquierda contra la degeneración stalinista y contra la política de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionario, en contacto con la clase obrera, fuera de el politicantismo personal y electoral.

---

IN ESTE NÚMERO:

**Marxismo y clases medias (Final)**

**El marxismo y los intelectuales**

---

Edizioni: Il programma comunista cas. post. 962 Milano

## MARXISMO Y CLASES MEDIAS

### LA ACCION "DE CLASE" DE LAS CAPAS MEDIAS

Esta ausencia de una forma social, propia de las clases medias, deriva del hecho de que el capitalista ha impulsado la socialización de la producción a un punto en que ésta entra en contradicción con toda clase de cambio, con todo género de apropiación privada. A menos de suponer que la humanidad vuelva a caer en un nivel primitivo o degenerarse, su supervivencia exige la instauración del comunismo: no existe otra relación de producción posible que pueda salvarla.

La burguesía, en su tiempo soporte revolucionario del capitalismo, se solidariza con el capital aferrándose a su existencia. El proletariado, aplastado por el capital, representa la sociedad futura. Las clases medias se hallan entre los dos polos: solidarias con el capital y al mismo tiempo aplastadas por éste. Ellas son solidarias con los fundamentos del capitalismo: propiedad privada, mercado, ley del valor, venta individual de la capacidad de trabajo, etc. que son la base de su existencia; y se rebelan contra las consecuencias inevitables del capitalismo: crisis, guerras, ruina o decadencia, de las cuales sufren.

La ausencia de una forma social propia de las clases medias, tiene una doble consecuencia. En las luchas sociales éstas intentan ciertamente de defender sus intereses particulares, pero este intento se reduce, cuando la situación se agrava, a oscilar entre la

burguesia y el proletariado. De hecho esta inestabilidad es uno de los caracteres más estables de estas clases, como desde hace más de un siglo ha podido comprobar, a sus expensas, el proletariado.

He aquí como caracterizaba Engels la actitud de la pequeña burguesía alemana en la revolución de 1848:

"La clase de los pequeños comerciantes y tenderos es extremadamente numerosa en Alemania como consecuencia del escaso desarrollo que ha tenido en este país la clase de los grandes capitalistas y los grandes industriales. En las ciudades más grandes, aquélla constituye casi la mayoría de la población y en las pequeñas ciudades predomina de modo absoluto, gracias a la ausencia de competidores más influyentes y más ricos. Dicha clase, que es muy importante en todo estado moderno y en toda revolución moderna, es particularmente importante en Alemania donde, en el curso de las luchas recientes, ha tenido, en sentido general, una parte decisiva. Su posición intermedia entre la clase de los capitalistas, comerciantes e industriales mayores, o sea, entre la burguesía propiamente dicha y la clase proletaria o industrial, determina su carácter. Mientras que ella aspira a la posición de la primera, el menor revés de fortuna precipita a sus miembros en las filas de la segunda.

"Su existencia necesita de la clientela de la corte y de la aristocracia en los países monárquicos y feudales; la pérdida de dicha clientela significaría la ruina de una gran parte de esta pequeña burguesía. En las pequeñas ciudades, una guarnición militar, un gobierno cantonal o un tribunal con su séquito forman, a menudo, la base de su prosperidad: suprimidlos y arruinaréis a los tenderos, a los sastres, a los zapateros, a los carpinteros, etc. Traquetada, pues, eternamente entre la esperanza de ascender a las filas de la clase más rica y el miedo a ser reducida a la condición de proletarios y hasta de mendigos; entre la esperanza de favorecer sus propios intereses con la conquista de una participación en la dirección de los negocios públicos y el temor de provocar, con una oposición intempestiva, la cólera de un gobierno del cual depende su misma existencia, puesto que éste tiene el poder de quitarle los mejores clientes; poseyendo escasos medios y estando la seguridad de la posesión de éstos en razón inversa de su amontonamiento, esta clase es extremadamente vacilante en sus opiniones.

Mansa y rastrera bajo un gobierno monárquico y feudal fuerte; se cambia al liberalismo cuando la burguesía está subiendo; es presa de violentos accesos de liberalismo apenas la burguesía ha asegurado su supremacía, pero vuelve a caer en la postración de una repugnante cobardía apenas la clase que está por debajo de ella, el proletariado, intenta un movimiento independiente". (Revolución y contrarrevolución en Alemania, 1851, cap.I, pág. 14-15).

Y más adelante en el cap. XVIII, pag. 134:

"la pequeña burguesía, grande solo en su jactancia, es absolutamente incapaz de acción y extremadamente miedosa cuando se trata de arriesgar algo. La naturaleza mezquina de sus transacciones comerciales y de sus operaciones de crédito es particularmente idónea para dar a su carácter la huella de una falta de energía y de iniciativa; por esto debemos esperar que dichas cualidades distingan también su conducta política. Conforme a esta característica, la pequeña burguesía alentó la revolución con grandes palabras y con pomposas exaltaciones de aquello que ella estaba aún por hacer; se dió prisa en tomar el poder apenas estalló, absolutamente en contra de su deseo, la insurrección; pero hizo uso del poder con el único objetivo de destruir los efectos de la insurrección. Allí donde un conflicto armado acabó en crisis seria, los pequeños burgueses se aterrorizaron de la peligrosa situación en que habían venido a encontrarse; se aterrorizaron del pueblo que había tomado en serio su grandilocuente llamamiento a las armas; y sobre todo, se aterrorizaron por las consecuencias hacia ellos mismos, por su posición social, por su propiedad, por la política en que habían estado obligados a enredarse. Porque, ¿acaso no se esperaba de ellos que arriesgaran "vidas y bienes", como ellos mismos solían decir, por la causa de la insurrección? ¿No estaban, pues, obligados a tomar oficialmente posición en la insurrección corriendo por consiguiente, en caso de derrota, el riesgo de perder sus capitales? ¿No estaban seguros ellos de que, en caso de victoria, serían arrojados de sus puestos y que toda su política se vería invertida por los proletarios victoriosos, que formaban el grueso de sus fuerzas combatientes? Colocada así entre peligros opuestos que la rodaban por todas partes, la pequeña burguesía no supo aprovecharse de su poder más que para dejar que cada cosa siguiera su curso y, naturalmente, dejó escapar aquellas pequeñas posibilidades de éxito que aún existían, perdiéndose con ello definitivamente la insurrección. Su táctica, o mejor

dicho, su falta de tática, fuè la misma en todas partes y por ello las insurrecciones de mayo de 1849 corrieron en toda Alemania la misma suerte".

Del mismo modo, en el prefacio de julio de 1874 a la Guerra campesina en Alemania, se lee:

"En lo que atañe a los pequeños burgueses, a los maestros artesanos y a los tenderos, éstos siguen siendo siempre los mismos. Esperan poder trepar a las filas de la gran burguesía y temen ser precipitados a las del proletariado. Fluctuando entre la esperanza y el temor, tratarán de salvar su precioso pellejo durante la lucha, y después de la victoria se incorporarán al vencedor. Tal es su naturaleza (...). Son muy poco de fiar, excepto cuando ya ha sido lograda la victoria. Entonces arman un alboroto infernal en las tabernas. A pesar de esto, entre ellos se encuentran excelentes elementos que se unen espontáneamente a los obreros" (Edizioni Rinascita, 1949, pag. 14-15).

En una carta a Laura Lafargue fechada el 2 de Octubre de 1886, Engels desarrolla la misma tesis:

"La lucha entre el capitalista-usurero y el capitalista-industrial se desarrolla en el mismo sentido que la burguesía, y si es verdad que cierto número de pequeños burgueses son empujados hacia nosotros por la certeza de su próxima expropiación por parte de los especuladores, no podremos sin embargo esperar nunca que éstos puedan ser conquistados en masa por nosotros. Por otra parte esto no es deseable, ya que ellos traen consigo sus angostos prejuicios de clase. En Alemania tenemos ya demasiados, y son ellos los que forman el peso muerto que obstaculiza la marcha del partido. El destino de los pequeños burgueses, considerados en su conjunto, será siempre el de fluctuar indecisos entre las dos grandes clases, condenados como están a ser aplastados unos por la centralización del capital y otros por la victoria del proletariado".

"En la hora decisiva, ellos serán como siempre, "dondolones" titubeantes e impotentes; dejarán hacer a los demás y eso es todo lo que les pedimos. Incluso si adoptan nuestro punto de vista, dirán: el comunismo es naturalmente la solución final, pero está lejano. Se necesitan quizás cien años para que se pueda realizar. En otros términos: no tenemos la intención de trabajar para su realización ni durante nuestra vida ni durante la de nuestros hijos".

"Esto es precisamente lo que constatamos en Alemania".

Està comprobado que en cada una de las grandes crisis revolucionarias - 1848, 1871, 1905 y, como veremos después, también bajo la dictadura del proletariado y después del octubre de 1917 en Rusia, al igual que antes - se han visto a las clases medias oscilar, empujar adelante al proletariado para luego dejarlo en la estacada, o bien seguirlo y luego volverse contra él, o sea, rebelarse contra el estado burgués para arrojarse luego en sus brazos por miedo al proletariado.

Pero esta característica de inestabilidad práctica hace juego con una extraordinaria estabilidad política. A pesar de no representar ninguna forma social propia, las clases medias tienden hacia un tipo de sociedad, pero de una sociedad imposible. Aplastados entre la burguesía y el proletariado, sueñan con conciliar a ambos. Viviendo del capital y siéndo por éste trituradas, sueñan -a diferencia de la verdadera burguesía, interesada esencialmente en que gire la rueda del mecanismo económico y social- con un capitalismo armonioso, sin contradicciones ni conflictos.

He aquí como Marx analiza la política de estas clases medias en El 18 Brumario de Luis Bonaparte (1852):

"No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella creo, por el contrario, que las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna y evitarse la lucha de clases... El carácter peculiar de la socialdemocracia se resume en el hecho de exigir instituciones democrático-republicanas, no para abolir a la par los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para atenuar su antítesis y convertirla en armonía. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos revolucionarias, el contenido es siempre el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por vía democrática, pero una transformación dentro del marco de la pequeña burguesía" (cap.III).

¡Una transformación, pues, que deja intactos los fundamentos del capitalismo!

Este objetivo es irrealizable y ha permanecido invariado desde 1848, desde la socialdemocracia pura a la democracia progresiva, que fragua la "unidad de clase" de estas categorías más o menos homogéneas. Los intereses inmediatos de los pequeños campesinos y de

los abogados; de los choriceros y de los ingenieros; de los chalanos y de los profesores de universidad convergen o divergen según las circunstancias; las preocupaciones cotidianas de estas múltiples capas son extremadamente diferentes, sintiéndose alejadísimas una de otras. Ello no quita que debido a su posición social torcida, sus aspiraciones históricas sean las mismas.

### LA ACCION DE CLASE DE LAS CLASES MEDIAS

Debemos hacer aquí justicia de un tenaz prejuicio en mérito a aquellos que en esta sociedad participan en los privilegios culturales y en la producción intelectual, sobre todo, aquellos que trabajan "con el cerebro", por ejemplo, un ingeniero o un crítico teatral, y a los cuales esta gimnasia les afinaría las meninges facilitándoles la abstracción, permitiéndoles una amplitud de ideas y una libertad de concepción extrañas a su clase. Respecto a ellos nuestra posición ha sido precisada así hace cerca de 50 años:

"(...Y a propósito de la concepción socialista, debemos rechazar otra objeción. Debemos rechazar la pretendida antítesis entre la actividad manual y la actividad intelectual que, por el contrario, se cruzan y se completan entre sí en la producción. Rechazar la valorización de la primera en contraposición al desprecio de la segunda: esto es, la exaltación del trabajo material y mecánico en contraposición al otro".

"Sin embargo, al rechazar esta afirmación, nosotros no podemos caer sin más ni más en una identificación de la situación de los trabajadores intelectuales con la de los trabajadores de la gran industria y de los grandes talleres. Para una parte es una función necesaria y utilísima, que deberá ser sobreestimada por una ulterior organización potenciadora de las fuerzas productivas. Indudablemente, para esta parte de clase, los intelectuales vendrán a identificarse con el proletariado en una organización diversa y socialista de la producción en la cual será igualada la importancia del trabajo manual con la importancia del trabajo intelectual, que se fundirá cada vez mejor en la gran armonía de la actividad humana.

"Pero esto no quita que la clase de la inteligencia, especialmente

en ciertas capas, venga a tener gradualmente intereses que se identifican con los de la clase dominante. Si subimos poco a poco, podemos encontrar aún a intelectuales que son simples trabajadores, aunque estén mejor retribuidos que ellos; si proseguimos, empezamos a encontrarles interesados ya en la ganancia del capital; esto es, su función no es ya solamente de aportación y de esfuerzo productivo, sino que asume la figura de una función de guardia blanca del capitalismo; de vigilancia del proletariado para que éste en su evolución no rompa los lazos del sistema capitalista burgués. Esta segunda función debe ser rechazada y combatida por el proletariado que reconociendo en estos intelectuales la posición fundamental de defensores de la clase capitalista, deberá tratarlos sin más ni más como aliados de sus adversarios.

"En su parte estrictamente técnica, la clase de los intelectuales no está destinada a desaparecer, sino a fundirse con la gran formación del proletariado, finalmente emancipado y que, en una nueva organización de la vida económica e intelectual, verá armonizarse cada vez mejor el esfuerzo de la producción".

"A aquello que separa de nosotros a la amplia capa de la clase intelectual no es solo su segunda función de guardia blanca que le ha sido confiada, sino también, la influencia ideológica fundamental que sobre ella ejercita la sociedad burguesa. Esta clase se hace la ilusión de que es una vanguardia y de que posee la clave según la cual debería desarrollarse nuestro camino hacia el futuro.

"Pero no es así.

"Precisamente en cuanto marxistas y por que hemos desarrollado una crítica fundamental de la concepción democrática evolucionista y progresista, nosotros negamos que el proceso de la unidad se presente primero, como un hecho intelectual y luego como un hecho económico. Todo es exactamente al contrario. La cultura de una época y sus concepciones ideológicas, no son más que el reflejo de las condiciones materiales y de las condiciones en las cuales se lleva a cabo y se desarrolla la lucha de clase. La teoría más avanzada no nos la suministra quien ha podido alcanzar la gran cultura de las clases dominantes, sino, precisamente, la clase sacrificada, la clase oprimida, Y llegamos aquí a aquella paradoja histórica que tanto hemos repetido. Esto es, que la teoría y la cultura de mañana se encuentran en los ignorantes y no en los instruidos .

"Por consiguiente, nosotros debemos luchar contra esta clase de

intelectuales y semi-intelectuales, siendo ésta la que mejor ha sido elaborada de toda la organización cuultural de la sociedad presente, que es una organización de conservación y de contrarrevolución. Tampoco debemos caer en el error de creer que la clase intelectual de los peritos y de los técnicos sea llevada, por esta misma superioridad teórica suya, a venir espontáneamente hacia nosotros, hacia el proletariado. Sin embargo debemos considerar que la revolución proletaria, al tener bien presente su indispensable colaboración con los expertos y con los técnicos de la producción y de la ciencia, deberá examinar esta dificultad que se hace cada vez más lógica en cuanto estos grupos sociales creen ser una vanguardia y desempeñar una función autónoma, cuando realmente, lo que llevan en cambio, en esta sociedad burguesa nuestra, es una gran bola de plomo encadenada a los pies".

Los últimos cincuenta años han confirmado sobradamente este análisis. Bien lejos de constituir una vanguardia, los intelectuales han sido y continúan siendo los centros de difusión de las teorías pequeño-burguesas o incluso directamente burguesas. La energía empleada por éstos en revisar, falsificar o contestar el marxismo ha sido más mortífera para la humanidad que aquella de las bombas termonucleares. Porque, si la inestabilidad práctica de las clases medias en los momentos de crisis y sus oscilaciones entre la burguesía y el proletariado se revelan catastróficas en las luchas revolucionarias, su sueño constante de elevarse por encima de las dos clases en lucha es quizás aún más catastrófico: su influencia nefasta se ejercita permanentemente sobre el movimiento obrero. Penetrando en las organizaciones proletarias, la ideología pequeño-burguesa corroe a éstas desde su interior, minando o impidiendo la constitución del proletariado en clase.

Cierto es que la posibilidad de tal influencia ideológica, se basa en bien determinadas condiciones materiales. Así, la supervivencia del proudhonismo en el movimiento obrero de los países latinos y el amplio séquito del anarquismo hasta finales del siglo pasado, dependen de la inmadurez del desarrollo capitalista y de la ausencia de un proletariado numeroso y concentrado. Del mismo modo, el reformismo de la II Internacional se apoyaba en la expansión imperialista de Europa que, dominando y explotando enteros continentes, podía corromper a las capas superiores de su proletariado. En cuanto al oportunismo actual, éste deriva de

la derrota del proletariado en los años 20 y persiste gracias al periodo de prosperidad, abierto por las destrucciones de la segunda guerra imperialista.

Sin embargo entre las condiciones materiales y la ideología no existe una conexión mecánica y de sentido único, sino una relación dialéctica. ¡Las ideas, las costumbres, las concepciones, las aspiraciones, etc. son también fuerzas materiales! Teniendo su origen en las relaciones económicas, sociales y políticas, sobreviven más o menos tiempo a las condiciones que las han generado y reaccionan sobre estas relaciones.

Así, la victoria física de la contrarrevolución y el dominio material aplastante del capital han causado la destrucción de toda posición de clase proletaria. En el plano de las ideas, la contrarrevolución se ha traducido en el alineamiento de las organizaciones proletarias sobre las posiciones teóricas, programáticas y políticas de las clases medias: el rabioso apego a la propiedad privada (personal o nacional), al cambio mercantil, al individualismo y al democratismo en todos sus formas; el vano sueño de un capitalismo armónico en el que el Progreso, esto es, la acumulación del capital, camine al mismo paso con el Bienestar; la búsqueda, señalada como infame ya por Marx, de un programa de "transformación de la sociedad por vía democrática", de una Democracia total, nueva, verdadera, obrera, popular y universal; que finalmente transforme a la sociedad... a la imagen y semejanza de los pequeño-burgueses.

Es demasiado cierto que el pacifismo social, el apego al ahorro individual y la avidez del "consumo", característicos de las clases medias, han contaminado ampliamente las capas superiores del proletariado de los países imperialistas; y es precisamente la destrucción de toda conciencia y posición de clase en el proletariado y su adhesión a la ideología pequeño-burguesa, realizada por la contrarrevolución y mantenida por la dominación del capital, lo que frena pavorosamente el proceso revolucionario.

#### PROLETARIADO Y CLASES MEDIAS

Esta influencia nociva de las clases medias es el factor principal, el más importante para determinar la actitud que el proletariado debe asumir con respecto a ellas en su esfuerzo por constituirse en clase revolucionaria, es decir en su esfuerzo por adquirir la

visión de sus fines de clase y organizarse para realizarlos. Todos los mitos de las clases medias son otros tantos obstáculos que el proletariado debe destruir en su camino, debiendo destruir en primer lugar aquel que los comprende a todos a la vez: el mito democrático que pretende fusionar a todas las clases del "pueblo".

La condición de vida o muerte del proletariado en cuanto clase es la afirmación teórica y práctica, programática y organizativa, de su originalidad de clase, del foso que separa sus fines y su lucha de aquellos de las demás clases. Desde 1848, en una situación en la que sin embargo la burguesía tenía todavía un carácter revolucionario, Marx y Engels han llevado a cabo esta batalla por la delimitación política y física del proletariado. Pero más que los numerosos textos de aquella época, citaremos los que muestran, como Lenin, 50 años después, ranudò exactamente la misma batalla. En 1902 el POSDR se desgarraba con una polémica extremadamente áspera con respecto a la redacción del programa del partido. He aquí algunos trozos escritos por Lenin sobre la cuestión; los citamos ampliamente sin temor de aburrir al lector:

"Inicialmente es absolutamente necesario delimitarse de todos, distinguir, solo, única y exclusivamente al proletariado, y solamente después declarar que el proletariado liberará a todos, llama a todos o invita a todos.

"Estoy de acuerdo, pero "después"; antes exijo aquel "inicialmente".

"En Rusia, los terribles sufrimientos de la "masa trabajadora y explotada" no han suscitado ningún movimiento "popular" hasta que un "puñado de obreros de fábrica no han comenzado la lucha, la lucha de clase. Y solamente este "puñado garan iza su conducta, su continuación y su ampliación. Precisamente en Rusia, donde los críticos (Bulgakov) acusan a los socialdemócratas (como se llamaban entonces los marxistas ortodoxos) de "campesinofobia" y los socialrevolucionarios gritan que es necesario sustituir el concepto de lucha de clase por el de "lucha de todos los trabajadores y los explotados" (...). Precisamente en Rusia debemos delimitarnos inicialmente de toda esta gentuza definiendo de la forma más neta la única lucha de clase del único proletariado, y solamente después declarar que apelamos a todos, que tomaremos a todos, que haremos todo y que lo ampliaremos a todos. ¡La comisión en cambio, "amplía",

olvidandose delimitar!! ¡Y me acusa de estrechez porque exijo de posponer la ampliación a esta "delimitación"?? ¡Pero señores, esto quiere decir disfrazar la verdad! (Obras, VI, pag. -65 - 66).

"En el proyecto de programa de Erfurt se leía este paso: "En esta lucha de emancipación, la socialdemocracia no se bate solo como defensor (o representante) de los obreros asalariados, sino también de los explotados y de los oprimidos en general, defendiendo sus reivindicaciones, las medidas y las instituciones que pueden mejorar la situación del pueblo en general y de la clase obrera en particular". Engels aconsejó, no sin ironía, cancelar absolutamente este paso: "el pueblo en general (¿quien es éste?)". Y, como había aconsejado Engels, este paso ha sido completamente eliminado. El párrafo en el cual se afirma que "la emancipación de la clase obrera únicamente puede llevarse a efecto por la misma clase obrera, ya que todas las demás clases permanecen en el terreno de la propiedad privada de los medios de producción, y tienen como fin común la conservación de las bases de la sociedad contemporánea", ha sido aprobado, bajo la influencia directa de Engels, de una forma más resuelta que en el proyecto inicial. (idem, pág. 42).

"Contra los párrafos XI y XII hago una objeción de principio muy grave: éstos presentan de modo completamente unilateral e inexacto la actitud hacia los pequeños productores (porque "la masa trabajadora y explotada" se compone precisamente del proletariado y de los pequeños productores). Al mismo tiempo contradicen directamente los principios fundamentales del Manifiesto del Partido Comunista y de los Estatutos de la Internacional, así como los de la mayor parte de los programas actuales de la socialdemocracia, abriéndoles de par en par las puertas a toda clase de malentendidos populistas, "críticos y pequeño-burgueses.

"La masa trabajadora y explotada está cada vez más descontenta. Exacto; pero es un error identificar y confundir, como lo hace el texto, el malcontento del proletariado con el de los pequeños productores. El malcontento del pequeño productor suscita a veces (y, al menos para muchos, debe necesariamente suscitarlo) el deseo de defender su existencia de pequeño propietario, esto es, de defender las bases del orden existente e incluso de volver hacia atrás.

"...La lucha se acentúa, y sobre todo aquella de su representante avanzado, el proletariado...". También la lucha del pequeño productor se acentúa naturalmente. Solo que su lucha se dirige muy a me-

nudo contra el mismo proletariado, porque su misma condición de pequeño productor contrapone netamente y en muchos puntos sus intereses a los del proletariado. Por otra parte, el proletariado no es de ningún modo el "representante avanzado" de la pequeña burguesía. Podría serlo cuando los pequeños productores se dieran cuenta de estar condenados, cuando éstos "abandonaran su propio punto de vista para adoptar el del proletariado". El representante avanzado del pequeño productor contemporáneo que aún no ha abandonado "su punto de vista", es muy a menudo el antisemita y el agrario, el nacionalista y el populista, el socialreformista y el "crítico del marxismo". Y, precisamente hoy que la "acentuación de la lucha" de los pequeños productores se acompaña con la "acentuación de la lucha" de la "Gironda socialista" contra la "Montaña", menos que nunca se deben confundir en una sola todas las acentuaciones.

"...La socialdemocracia internacional está a la cabeza del movimiento de emancipación de la masa trabajadora y explotada...". Nada de eso. Está únicamente a la cabeza de la clase obrera y del movimiento obrero, y si a esta clase se adhieren otros elementos, no son mas que eso, elementos, no clases. Y únicamente se adhieren completamente y sin reservas si "abandonan su propio punto de vista".

"...Ella organiza las fuerzas de combate de esta masa...". Otro error. La socialdemocracia no organiza en ningún lugar las "fuerzas de combate" de los pequeños productores. Únicamente organiza las fuerzas de combate de la clase obrera. La fórmula adoptada en el proyecto es tanto más infeliz en cuanto se olvida en ella a Rusia y se limita la exposición a una sociedad burguesa "desarrollada" (cfr. par. V).

"Summa summarum. El proyecto habla de forma afirmativa de mentalidad revolucionaria de la pequeña burguesía (porque, si esta "apoya" al proletariado, ¿no quiere decir esto que es revolucionaria?) y no dice una palabra de su mentalidad conservadora e incluso reaccionaria. Esta es una concepción absolutamente incompleta y errónea.

"Nosotros tenemos el derecho (y el deber) de señalar en forma afirmativa la mentalidad conservadora de la pequeña burguesía, y solo condicionalmente podemos hablar de su mentalidad revolucionaria. Únicamente esta formulación responderá exactamente a todo el espíritu de la doctrina de Marx. Así el Manifiesto declara netamente

que "de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria... Las capas medias -el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino- ... no son revolucionarias, sino conservadoras. Mas todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado".

"Que no nos vengan a decir que, en el medio siglo transcurrido después del Manifiesto de Marx y de Engels, las cosas han cambiado sensiblemente. Esto lo han reconocido los teóricos siempre y constantemente (así, precisamente desde este ángulo visual, Engels ha criticado el programa agrario francés de 1894, explicando que el pequeño campesino, en tanto no abandone su propio punto de vista, no es de los nuestros; su sitio está entre los antisemitas...). Por lo demás, la historia aporta un gran número de hechos como confirmación de esta teoría; y esto hasta nuestros días, hasta nuestros queridos amigos, los señores "críticos" (id. pág. 39-41).

### ¿ES QUE ACASO HA CAMBIADO ALGO?

Y que no se nos venga a decir que durante los tres cuartos de siglo transcurridos desde 1902, o los 50 transcurridos desde que la Internacional Comunista ha reafirmado estas mismas tesis, las cosas hayan cambiado sensiblemente. Bajo este aspecto nada ha cambiado, no obstante los ingenieros y los contables hayan sustituido en parte a los pequeños campesinos y a los comerciantes. Toda la "novedad" que puede concederse a estas nuevas capas medias, es que ellas no aspiran a una sociedad precapitalista y por lo tanto no son ya "reaccionarias". En compensación son sin embargo ultraconservadoras, ya que se identifican con el funcionamiento de la economía capitalista. Exactamente como el pequeño campesino, los ingenieros o los empleados "de concepto" no pueden volverse revolucionarios si no abandonan sus puntos de vista de clase, esto es, la defensa de sus propios intereses económicos, y la pretensión de organizar y gestionar "la producción (de capital...) en base a criterios meramente "técnicos".

En este sentido nada puede cambiar, y el proletariado únicamente puede formar su conciencia y su organización de clase a través de la lucha política contra las posiciones de las clases medias. Lucha que por otra parte representa la única posibilidad de conquistar hacia nuestras posiciones a las clases medias. Como explicaba Engels a propósito del camposino francés, no sirve de nada apoyar demagógicamente las reivindicaciones reaccionarias o conservadoras de las clases medias o halagar sus aspiraciones. Alentando de tal forma sus ilusiones y utopías, se puede ganar algún voto para las próximas elecciones, pero se está seguro de perder toda influencia a largo plazo. No se puede prometer eternamente lo imposible. Y, en la espera, se habrán desnaturalizado las posiciones del comunismo, se habrá desfigurado el partido y se habrá desorganizado el proletariado.

Nosotros debemos decirle a las clases medias que están históricamente condenadas y que, en vez de defender desesperadamente una causa perdida, deben abrazar la del proletariado adhiriéndose a sus luchas y a sus finalidades. No es que nos imaginemos que vayamos a convencerlas con nuestros discursos; será la experiencia y el fracaso de sus tentativos los que se encarguen de ello. Sabemos que, como decía Engels, no podemos convencer y conquistar de golpe a las clases medias; como máximo, y a condición de evitar cualquier demagogia funesta, podrán acercarse al proletariado, en las luchas revolucionarias, algunas fracciones de ellas; las demás cambiarán de posición sólo cuando el Estado proletario haya desbaratado sus condiciones de existencia.

Desde este punto de vista, nos encontramos más bien en una posición más neta que en 1848 en Alemania o en 1902 en Rusia. En tanto la revolución burguesa no ha sido llevada a cabo, el proletariado y la pequeña burguesía tienen efectivamente objetivos parcialmente comunes: destrucción de las relaciones feudales, disolución de la economía precapitalista, desarrollo democrático de la lucha de clase, reforma agraria, etc... Solo que estos objetivos representan para la pequeña burguesía el término y para el proletariado el inicio de la revolución. Es por ello que la autonomía político-organizativa del proletariado era ya entonces indispensable, no obstante la posibilidad de una lucha unitaria por ciertos objetivos no específicamente proletarios.

En cambio, en una sociedad burguesa desarrollada, la unidad de

la lucha solo puede realizarse sobre los objetivos de clase del proletariado,. No existen otros objetivos comunes, y cada vez que el proletariado ha perdido su propia autonomía de clase aceptando combatir por los fines de las clases medias, su derrota estaba descontada desde el principio, y, con ella, la de las clases medias. Las clases medias deberán abrazar los fines del proletariado, o someterse a éste; deberán aceptar, por amor o por fuerza, la solución proletaria de la crisis social.

"A este propósito -continúa Lenin- en el proyecto no se hace mención de la dictadura del proletariado que, en su origen, figuraba. Suponiendo que haya sido por descuido, no es sin embargo menos cierto que la idea de "dictadura" es incompatible con la afirmación de un apoyo desde fuera concedido al proletariado. Si pudiéramos sostener con certeza que la pequeña burguesía apoyará al proletariado cuando éste haga su revolución, la revolución proletaria, no sería necesario hablar de "dictadura", porque entonces estaríamos seguros de disponer de una mayoría tan aplastante que, tranquilamente podríamos prescindir de la dictadura (como tratan de persuadirnos los "críticos"). La necesidad de la dictadura del proletariado está ligada del modo más estrecho e indisoluble a la tesis del Manifiesto del Partido Comunista de que únicamente el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria".

#### DICTADURA DEL PROLETARIADO Y CLASES MEDIAS

Si el proletariado tiende a abatir el dominio burgués, a destruir el aparato de Estado y a erigirse en clase dominante de la sociedad, no es por "disfrutar de su turno y perpetuar unas relaciones de producción en su propio provecho. Esta revolución política es sólo el preludio, la condición necesaria de una revolución social, de la destrucción de las relaciones de producción capitalista que reproducen constantemente la división social del trabajo y las clases antagonistas.

Ahora, esta revolución social chocará inevitablemente con la resistencia de la burguesía y de las clases medias, no solamente porque suprimirá sus privilegios de clase y de categorías, sino también porque irá contra todas sus costumbres mentales.

En Las tareas inmediatas del poder soviético (marzo-abril, 1918)

Lenin caracteriza bien la actitud de estas clases antes e incluso después de la toma del poder por parte del proletariado.

"En un país donde el predominio de los pequeños propietarios sobre la población puramente proletaria es enorme, la diferencia entre el revolucionario proletario y el revolucionario pequeño-burgués tiene que reflejarse inevitablemente (y en ciertas ocasiones con extraordinaria violencia). El revolucionario pequeño-burgués duda y vacila a cada viraje de los acontecimientos; pasa de un revolucionarismo furibundo, en marzo de 1917, a la glorificación de la "coalición" en mayo, al odio contra los bolcheviques (o a lamentar su "aventurismo") en julio, a apartarse de ellos, temeroso a finales de octubre, a apoyarles en diciembre y, por último, en marzo y abril de 1918, los hombres de este tipo manifiestan con gesto despectivo: "No soy de los que cantan loas al trabajo "orgánico", al practicismo y a la gradación".

"La base social de semejantes tipos la constituye el pequeño-proprietario exasperado por los horrores de la guerra, por la ruina súbita, por los insoportables sufrimientos producidos por el hambre y el desbarajuste económico, y que se debate históricamente buscando la salida y la salvación, vacilando entre la confianza y el apoyo al proletariado, por un lado, y los accesos de desesperación, por otro. Hay que comprender claramente y recordarlo muy bien que sobre semejante base social no es posible construir el socialismo. Sólo la clase que prosigue en camino sin vacilaciones, que no se desanima ni desespera en los tránsitos más duros, difíciles y peligrosos, puede dirigir a las masas trabajadoras y explotadas. No necesitamos arranques históricos. Lo que nos hace falta es la marcha acompasada de los batallones de hierro del proletariado".

Después del grave motín de Cronstadt, Lenin hará, en el Impuesto en especie (21 abril 1921), este análisis de la actitud de complicidad de la pequeña burguesía con la reacción burguesa:

"Lo más característico de los acontecimientos de Cronstadt lo constituyen precisamente las vacilaciones del elemento pequeño-burgués. Algo completamente formado, claro, definido, había muy poco. Nebulosas consignas de "libertad", de "libertad de comercio", de "emancipación", de "Soviets sin bolcheviques" o nuevas elecciones a los Soviets, o liberación de la "dictadura del Partido", etc. etc. Tanto los mencheviques como los socialrevolucionarios declaran el

movimiento de Cronstadt como "suyo" (...). Todos los elementos de las guardias blancas se movilizan instantáneamente "en favor de Cronstadt", con una rapidez, puede decirse, radiotelegráfica. Las guardias blancas entre los militares profesionales en Cronstadt, toda una serie de especialistas (...) elaboran un plan de desembarco de tropas en Oranienbaum, plan que asusta a la masa vacilante de los mencheviques, socialrevolucionarios y sin partido (...). Los grandes bancos, todas las fuerzas del capital financiero abren suscripciones en ayuda a Cronstadt. El inteligente líder de la burguesía y de los terratenientes, el demócrata constitucionalista Milinkov, explica pacientemente (...) que no hay por qué apresurarse con la Constituyente, que se puede y debe manifestarse a favor del Poder soviético, pero sin bolcheviques.

"Claro está que no es difícil ser más inteligente que los tontos tan fatuos como Chernov, héroe de la frase pequeño-burguesa, o como Märtov, caballero del reformismo pequeño-burgués al que quiere hacer pasar por marxismo (...). Y me refiero a que un líder del partido de la gran burguesía, a causa de su situación de clase, ve con mayor claridad, comprende mejor la esencia de clase del asunto y las relaciones políticas, que los líderes de la pequeña burguesía, como los Chernov y Märtov. Ya que la burguesía constituye realmente una fuerza de clase que bajo el capitalismo domina inevitablemente, tanto con la monarquía, como con la más democrática república, gozando también, inevitablemente, del apoyo de la burguesía mundial. Mientras que la pequeña burguesía, es decir, todos los héroes de la II Internacional y de la Internacional "II y media", no pueden ser otra cosa, por su sustancia económica, que la demostración de la impotencia de clase: de ahí sus vacilaciones, sus frases pomposas pero vacías y su ineptitud. En 1789, los pequeños burgueses podían ser todavía grandes revolucionarios; en 1848 eran ridículos y míseros; en 1917-1921, ya son repugnantes acólitos de la reacción, sus francos lacayos, por el verdadero papel que desempeñan (...)"

Como señalaba Trotsky en su Terrorismo y Comunismo: "Sobreviviendo a sí misma, la democracia no resuelve ningún problema, no cura ninguna herida, no previene ni las insurrecciones de la derecha ni las de la izquierda. Es impotente y embustera, solo sirve para engañar a las capas atrasadas de la población; particularmente a la pequeña burguesía". No obstante, las clases medias, que en aquella época eran representadas por Kautsky, y hoy continúan siendo repre-

sentadas por los pseudo-comunistas y socialistas, permanecen fanáticamente aferradas a ella, no pudiendo admitir ninguna "violencia ejercitada por una minoría en contra de la mayoría".

Al igual que entonces, dichas clases no pueden aceptar la tesis comunista que Trotsky formula así: "La dictadura es indispensable porque no se trata del cambio de un carácter privado, sino de la existencia misma de la burguesía. Sobre esta base no es posible ningún acuerdo. Únicamente la fuerza puede decidir. El poder único del proletariado no excluye, naturalmente, la posibilidad de acuerdos parciales o de grandes concesiones, sobre todo en lo que respecta a la pequeña burguesía y a la clase campesina. Pero el proletariado no puede concluir estos acuerdos si no es después de haberse apoderado del poder y haberse asegurado la posibilidad de decidir libremente las concesiones que debe hacer o rechazar en interés de la causa socialista". Es precisamente esta "libertad de decisión del proletariado" lo que las clases medias no quieren a ninguna costa, porque suprime su "libertad" de persistir en sus viejos hábitos tanto en el campo político como en el económico y social.

Por consiguiente, no sólo no aceptarán de buen grado las medidas políticas de la dictadura, esto es, la centralización en el plano militar y administrativo y el empleo del terror en todos los casos que sean necesarios para romper la resistencia ofrecida a la transformación socialista, sino que basta leer o sentir exponer cualquier programa económico-social pequeñoburgués, sea fascista o gollista, pasando a través del PCE, PC Italiano (o PC francés) o de los diversos PSD, E. para comprender que no pueden ni siquiera aceptar las medidas económico-sociales de la revolución socialista. Es fácil prever como reaccionarán todas estas clases cuando se interrumpa de golpe la acumulación (¡su querida "expansión"! ) y la producción desenfrenada (por ejemplo de ... automóviles); cuando se bloqueen las construcciones urbanas en espera de demoler las ciudades; cuando se suprima toda autonomía de las empresas (aunque sean "autogestionadas"); cuando la producción y el consumo sean controlados centralmente en forma de abolir la circulación mercantil y el dinero; en fin, cuando se prohíban determinadas actividades (inútiles o nocivas) y se haga una obligación para todos de trabajar en los sectores útiles.

Todas estas medidas les parecerán "saltos en la oscuridad" a quien

considera que las categorías del capitalismo son eternas y naturales, no imaginándose siquiera que pueda existir una vida social que no prevea dichas categorías.

Aunque estas clases sean preparadas para las medidas de la dictadura proletaria por las convulsiones que preceden a la toma del poder (ya que, como dice Trotsky, la revolución estalla cuando todas las demás soluciones han fracasado), o incluso cuando el poder político domine a escala mundial, deberá imponerse a la burguesía y a las clases medias la perturbación de todas las relaciones de producción. La necesidad de la dictadura del proletariado deriva de la imposibilidad de pasar llanamente del hoy al mañana, del capitalismo al comunismo. Durante el largo periodo de transición en que todas las relaciones sociales sufrirán continuas transformaciones, la dictadura proletaria romperá la inevitable resistencia de todas las demás clases, su inercia histórica, sus ilusorias aspiraciones, y esa fuerza de la contumbre que, como decía Lenin, es, en millones de hombres, una fuerza terrible.

Es cierto que el ritmo de estas transformaciones depende esencialmente de las exigencias de la revolución mundial, de la relación de fuerza entre las clases a escala internacional y, en segundo lugar, de las condiciones económicas y políticas locales. No pudiendo esperar de realizar el comunismo en un solo día, el proletariado una vez en el poder, puede dar prueba del mayor "realismo" adaptando el retorno de evolución a las condiciones reales. De esta forma, no contamos con eliminar en una semana a los pequeños campesinos allí donde todavía subsistan. Así, en Rusia, el proletariado victorioso ha aceptado desarrollar la economía mercantil, única posibilidad, en las condiciones locales de 1920, de sacar adelante una producción partiendo de la nada. Por el contrario, cuando el proletariado tome el poder en los Estados Unidos, podrá suprimir allí el dinero en un lapso de tiempo relativamente breve.

La socialización de las fuerzas productivas por obra del capitalismo mismo es aquí bastante avanzada para que se pueda sustituir rápidamente el modo de distribución mercantil y monetario por el socialista, siendo el aparato productivo talmente pletórico que, incluso destrucciones importantes en el curso de la guerra civil, dejarán intactas fuerzas productivas suficientes para poder satisfacer las necesidades racionalizadas de la población y evitar el retorno de todo el viejo orden por causa de la penuria general. Esta

medida facilitará además la lucha contra el bandidismo y los traficantes de todo género, en los cuales se manifiesta el genio del pequeño burgués, particularmente en el periodo de crisis de la producción industrial.

Porque es cierto que las clases medias intentarán sustraerse ya sea a la obligación del trabajo como a la orientación de la actividad productiva. Sobre este punto tenemos la experiencia de la revolución de Octubre, tanto en lo que respecta a la actitud práctica de estas categorías como a su teorización: los mencheviques sostenidos por Kautsky, han llevado a cabo una sorda campaña contra el trabajo obligatorio y planificado con el fin de tejer la apología del "trabajo libre". En Terrorismo y comunismo, Trotsky les responde más en el plano de los principios que en el de la práctica, por qué en 1920 el Estado proletario no estaba efectivamente en grado de organizar la producción.

El explica que, después de siglos de explotación, el trabajo tiene que aparecer por fuerza como una "triste obligación", y que la gran aspiración de todos es sustraerse a él. Este hábito social cambiará únicamente cuando las mismas condiciones del trabajo hayan cambiado completamente y la actividad productiva se haya transformado, según la expresión de Marx, en la primera necesidad del hombre. En espera de esto, es necesario obligar a trabajar a las fracciones recalcitrantes. Trotsky recuerda que en realidad (dejado el árbol del pan del Edén!) todas las formas de producción han obligado a trabajar, y si hoy la coacción económica y el hábito son suficientes, en general, para que el obrero vaya "libremente" a la fábrica, el capitalismo, en sus albores, usó la violencia abierta para obligarlo a ello. En la Inglaterra del siglo XVI, se ahorcaban a lo largo de los caminos a miles y miles de vagabundos para hacerles ver el camino recto a sus hermanos (y si el capitalismo senil de nuestra época no usa ya estos medios, por ejemplo contra los "hippies", no es desde luego porque durante todo este tiempo éste se haya vuelto humano, sino porque, lejos de buscar ya brazos, lo que necesita, sobre todo en América, es desembarazarse, al precio más bajo, de sus desocupados... Por supuesto solo mientras que este parasitismo pacifista no lo ponga en peligro!).

Yendo "libremente" al trabajo, el obrero va también "libremente" allí donde el capital tiene necesidad de él. Movido por su libre

arbitrio, se precipita desde Galicia a Düsseldorf, por ejemplo, pasando clandestinamente las fronteras, dejándose embrollar por mediadores y atrapar por los policías fronterizos, Se exilia "libremente" a Paris desde Portugal o desde Mali; a Hamburgo desde Turquía, desde Yugoslavia o desde Italia, atraído o rechazado por las fluctuaciones del mercado. El "trabajo libre", dice Trotsky, es el que está sometido al capital y a la anarquía del mercado. Abolir la anarquía de la producción capitalista y organizar "globalmente" la producción según las necesidades sociales, implica un cambio que se planifique la distribución de los productores. Para cancelar la diferencia entre la ciudad y el campo, o sea destruir las ciudades (cfr. Engels), se necesitará ciertamente invertir, por ejemplo, de autoridad la actual corriente de urbanización.

Por lo demás, sería un gran error creer que una distribución planificada y "autoritaria" de los productores, signifique que se ejercite constantemente sobre todos los trabajadores una coacción física. Todo lo contrario. En la revolución, el proletariado se eleva a la altura de sus deberes históricos, comprende las necesidades de la lucha y de las transformaciones sociales y se adhiere espontáneamente a ellas. En la revolución, capas cada vez más amplias de proletarios siguen a su órgano de dirección histórica; el proletariado se disciplina en relación a su partido. Y las demás clases deberán someterse quieran o no quieran a esta disciplina. Podemos y debemos preveer que, mientras más nos alejemos del proletariado industrial, menos espontáneas o fácilmente obtenibles serán esta adhesión y esta disciplina, y que el poder dictatorial deberá mostrar toda su fuerza y toda su decisión.

Kautsky se burlaba de los bolcheviques porque éstos comenzaron reprimiendo y maltratando a los especialistas técnicos y militares, para luego invitarlos a trabajar para los Soviets, ofreciéndoles incluso notables ventajas materiales. Trotsky explica que en esto no existe ninguna "incoherencia" y que es precisamente así como el Estado proletario debe tratar a los "cuadros", ingenieros, científicos y otros representantes de las clases medias. Ante todo es necesario inspirarles un sano terror para que desistan (o no osen empezar a) oponerse a las medidas del proletariado; para que renuncien a llevar adelante sus programas y a defender su perspectiva conservadora y contrarrevolucionaria. Mas, una vez que estas categorías estén embridadas políticamente, que renuncien a una "restauración" y

acepten el dominio y la dirección proletaria, se tratará de integrarlos en la producción social, concediéndoles, si llega el caso, ventajas económicas provisionales, aunque sometiéndolas al control del partido proletario. Porque ni el acercamiento, ni la neutralidad, ni la hostilidad de estas categorías pueden ser considerados como datos invariables: su actitud depende de la evolución de la situación. Esta es, por otra parte, una de las razones que hacen perfectamente vana la búsqueda de un límite socio-económico entre el proletariado y las clases medias.

Pero ¡atención! La ausencia de tal límite no quiere decir efectivamente que no exista ningún límite! Kautsky criticaba al Estado proletario fundado en los Soviets que privaban a los burgueses de todo derecho político, ¿Donde está pues -ironizaba- el límite entre obrero y burgués, o entre obrero y pequeño-burgués? ¿Quién tiene el derecho de ser representado en los Soviets y quién no lo tiene? Y continuaba predicando la democracia generalizada y las maravillas del sufragio universal, fundado acaso, si nos atenemos precisamente a ello, en las categorías sociales (es así como, por otra parte, los centristas han conseguido transformar en Alemania los consejos obreros en anexos del parlamento). Trotsky responde a esto de forma magistral: "no existen fronteras socio-económicas entre las clases, todos lo saben; deducid que en realidad no existe ningún límite entre las clases, y la misma lucha de clase se convierte en una cosa sin sentido, en una imposibilidad; entraremos así en el reino de los cielos del filisteo pequeño-burgués.

Este límite existe; solo que es político. Encubierto en los periodos de paz social, salta a la vista en los periodos de lucha, cuando las fuerzas sociales se exfolian, se alinean y se afrontan. Si el docto sociólogo no consigue descubrir el límite entre burgués y proletariado, la revolución comunista lo descubre inmediatamente: el proletariado está con la revolución, la burguesía contra ella; aquél organiza su Estado sobre la base de los soviets, éste excluida de dicho Estado.

Quedan las clases intermedias. Muy bien, dice Trotsky, el sitio que tendrán en el Estado dependerá de su actitud. Si en el curso de la revolución sus capas más avanzadas se adhieren al programa político y social de la revolución proletaria, entrarán en los Soviets; pero si incluso en una fase de reflujo revolucionario,

se apartan de nosotros no las excluirémos. Los Soviets no pueden ser regidos por una "ley constitucional" rígida, ya que son la organización estatal del proletariado en un periodo en el que todas las relaciones sociales y las categorías se modifican constantemente; el "derecho" de formar parte de ellos no deriva de criterios democráticos o económicos-jurídicos, sino sólo del alineamiento político de las clases; la base de los soviets puede, pues, ampliarse según los altibajos de la lucha, pero a veces también estrecharse.

El Trotsky de 1920 contraponía muy justamente a los "informes parlamentarios obreros", que eran los Soviets en su origen, el sólido aparato de dominación del proletariado en que éstos pudieron transformarse únicamente gracias a la dictadura comunista, al menos hasta que el bolchevismo permaneció con vida. ¡No se le había pasado nunca por la mente, como tampoco se nos pasará a nosotros, reconocerles "derechos" a una minoría contrarrevolucionaria! Desgraciadamente, el triunfo de la contrarrevolución le hará perder esta clara visión marxista; víctima de la ilusión constitucionalista, él creerá que el respeto de un formalismo democrático en los soviets habría podido frenar o bloquear la contrarrevolución. En 1932 llegará a la posición kautskyana reivindicando, en el "programa de transición, una "constitución soviética" en la que todos los partidos llamados "obreros" tuvieran el derecho de existir y de expresarse; en la que las minorías y las oposiciones gozaran de "estatus legal" en el seno de los soviets, transformados así en honestos parlamentos democráticos de obreros.

Pero, no metamos evidentemente a Trotsky en el mismo saco de Kautsky! Si retrocedió políticamente bajo la presión de la contrarrevolución que acabó por asesinarlo, él ha sido uno de los grandes dirigentes y portavoces teóricos de la revolución triunfante, mientras que Kautsky, después de haber estado a la cabeza de la II Internacional, ha sido el primero de la fila y el teórico de la fuerza que ha destrozado la revolución de 1918-1919 en Alemania, provocando la derrota de la revolución en Rusia. Aquellos que hoy reivindican al Trotsky de 1932, el Trotsky vencido y vuelto "trotskysta", harían bien en leer el Trotsky de 1920, autor de "Terrorismo y comunismo" que era, simplemente, un marxista. En aquellas páginas de fuego, ejemplares, él ha evidenciado la piedra angular de la dictadura del proletariado: el contenido revolucionario que le dà sentido a

todas las acciones y organizaciones de clase. Este contenido, y no estúpidas cuestiones institucionales, es el que distingue la dictadura y el terror rojos, de la contrarrevolución estaliniana, que ha recitado, por otra parte, admirablemente su papel democrático. Para aplastar a la vieja guardia bolchevique, se hizo entrar en los soviets y hasta en el partido a "amplias masas" que exaltadas por las conquistas burguesas de la revolución o extremadas y desmoralizadas, estaban de acuerdo en liquidar sus aspectos proletarios; no había, pues, más que proceder a las votaciones.

La revolución procede exactamente al contrario: solamente las capas sociales que se adhieron plenamente al programa y a las tareas de la revolución forman el armazón del Estado dictatorial, bajo la guía del Partido. Ellas imponen la destrucción del capitalismo a las demás clases, neutralizadas o sometidas, y que tienen derecho a una vida política únicamente si siguen a la vanguardia revolucionaria.

#### LAS TAREAS DEL PARTIDO

Nos encontramos aún lejanos de una situación revolucionaria; pero nuestro trabajo de hoy es inseparable de nuestras tareas de mañana, derivantes de la alternativa capitalismo o comunismo, del desafío histórico entre la burguesía y el proletariado. Que esta sea la alternativa histórica, que sea la única de nuestra época, no implica que la burguesía y el proletariado sean los únicos en estar frente a frente. Significa sin embargo que las demás clases no tienen objetivos propios realizables y que, por consiguiente, su agitación, sus acciones y sus batallas más violentas solamente pueden confluír en la lucha de una de las dos clases fundamentales; incluso si creen batirse por su cuenta, su lucha acaba objetivamente por favorecer a uno u otro de las dos protagonistas.

Es evidente que la revolución es un proceso complejo, que lleva consigo la explosión de todos los antagonismos sociales, la movilización de todas las clases, a menudo sobre posiciones confusas

y oscilantes. En una discusión a propósito de la insurrección irlandesa de 1916, en la que Lenin arreglaba las cuentas con aquellos que la calificaban de "putsch", él insiste sobre este punto:

"(...) Creer que la revolución social sea imaginable sin la insurrección de las pequeñas naciones en las colonias y en Europa, sin las explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía con todos sus prejuicios, sin el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias atrasadas contra el yugo de los grandes terratenientes y de la iglesia, contra el yugo monárquico nacional, etc., significa negar la revolución social. Es como imaginarse que en una parte se alista un ejército y dice: "estamos con el socialismo", y que en otra se alista otro ejército y dice: "estamos con el imperialismo", y que ésta será la revolución social! Solamente desde un punto de vista tan pedantesco y ridiculo sería posible afirmar que la insurrección irlandesa es un "putsch".

"Aquél que espera una revolución social "pura", no la verá nunca. Este es un revolucionario solo de palabras que no comprende la verdadera revolución.

"La revolución rusa de 1905 ha sido una revolución democrática burguesa. Dicha revolución ha consistido en una serie de luchas de todas las clases, de los grupos y los elementos descontentos de la población. Entre éstos se encontraban masas con los más extraños prejuicios, con los más oscuros y fantásticos fines de lucha. Se encontraban grupos que tomaban dinero japonés, especuladores y aventureros, etc. Objetivamente, el movimiento de las masas golpeaba al zarismo y abría el camino a la democracia, y por esta razón los obreros conscientes lo han dirigido.

"La revolución socialista en Europa no puede ser nada más que la explosión de la lucha armada de todos los oprimidos y de todos los descontentos. Inevitablemente una parte de la pequeña burguesía y de los obreros atrasados participarán en ella -sin tal participación no es posible la lucha de masa, no es posible ninguna revolución- y aportarán al movimiento, no menos inevitablemente, sus prejuicios, sus fantasías reaccionarias, sus debilidades y sus errores. Pero objetivamente este sector atacará al capital, y la vanguardia consciente de la revolución, el proletariado avanzado, exprimiendo esta verdad objetiva de la lucha de masa diferente y discordante, multicolor y exteriormente fraccionada, podrá unificarla y dirigirla, conquistar el poder, apoderarse de los bancos, expropiar a los trusts

odiados por todos (¡ aunque por razones diferentes!) y llevar a cabo otras medidas dictatoriales que conduzcan, a fin de cuentas, al abatimiento de la burguesía y a la victoria del socialismo, al cual, desde luego, no se "depurará" de golpe de las escorias pequeño-burguesas" (Los resultados de la discusión sobre la autodecisión).

Lenin insiste igualmente sobre el hecho de que la revolución no cae improvisadamente del cielo, sino que es el abocamiento de una serie de batallas cada vez más violentas por fines cada vez más claros. Ya Rosa Luxemburgo, se había arrojado contra aquellos que esperaban, digamos, la batalla para la cual se debía estar preparados de punto en blanco y que denunciaban como otras tantas "provocaciones" todos los ataques parciales y fatalmente destinados a ser rechazados, los únicos que podían llevar a cabo la revolución. He aquí lo que dice a este respecto Lenin:

"La desgracia de los irlandeses está en el hecho de que se han sublevado intempestivamente, en un momento en que la insurrección europea del proletariado no había madurado aún. El capitalismo no está construido tan armónicamente como para poder permitir a los diversos manantiales de la insurrección confluír inmediatamente sin fracasos y sin derrotas. Al contrario; precisamente la diferencia de tiempo, género y lugar de las insurrecciones, es una garantía de amplitud y profundidad del movimiento general. Solamente en los movimientos revolucionarios intempestivos, parciales, fraccionados y por ello mismo no conseguidos, las masas adquirirán experiencia, se instruirán, reunirán las fuerzas, volverán a sus jefes efectivos, los proletarios socialistas, y prepararán de esta forma el asalto general, al igual que cada una de las huelgas, las demostraciones urbanas y nacionales, los amotinamientos en el ejército, las explosiones campesinas, etc. prepararon el asalto general en 1905". (idem).

Pero existe una condición "sine qua non" para que las diversas insurrecciones puedan convergir, las luchas parciales confluír en un maremoto general y las batallas de todas las categorías descontentas ser unidas y orientadas por el proletariado: la existencia de un movimiento de clase proletario, exclusivo, potente y decidido. Entonces, y sólo entonces, el malcontento, la miseria y las insurrecciones de las clases medias pueden volverse útiles.

En ausencia de un movimiento del género, las luchas más violentas

de estas categorías no conducen a nada... en el mejor de los casos; en el peor (y en el más frecuente) conducen a un reforzamiento de la dictadura burguesa. Porque una situación de crisis violenta de la sociedad no puede durar mucho tiempo: si el proletariado no consigue resolverla adueñándose del poder y ejercitando su dictadura, será la burguesía quien lo haga. Las clases medias vuelven a caer entonces bajo el manto del gran capital (aún en el caso, y sobre todo, cuando crean que haya llegado su reino), abasteciendo las tropas de asalto de la contrarrevolución (fascista o democrática). El año 1948 en Francia ha sido el primer ejemplo de este género, reproducido a mayor escala en la Europa central y en Italia en los años 1920-1930.

¿Significa quizás, el decir esto, que, dada la ausencia actual de un movimiento de clase del proletariado, se deba predicar a las clases medias la calma y la paciencia? ¡No, evidentemente! Pero si, por parte de los revolucionarios, exhortar a la cordura a las categorías pequeño-burguesas aguijoneadas por su situación bajo pretexto de que el proletariado va "atrasado" sería infantilismo, este llamamiento a la calma y al "orden" (¿pero cuál orden?) es un infame cinismo cuando proviene de quien ha destruido el movimiento de clase proletario e intenta metódicamente impedir su renacimiento: nos referimos a los partidos oportunistas.

Aún más nociva es la actitud de aquellos que, esaltados por impaciencia revolucionaria y desilusionados por la actual pasividad del proletariado, se arrojan en cualquier lucha, no importa de quien, no importa por cual objetivo, pretendiendo descubrir una nueva vía o al menos una etapa en la "escalation" revolucionaria y, sacrificando alegremente el programa del proletariado a la indisciplina social y a la agitación de las clases medias, obstaculizan también la reconstrucción del movimiento de clase. Deslunbrada por esta forma de indisciplina, no viendo sus límites y basándose en el hecho de que ella va contra el orden burgués, dicha actitud impone al proletariado el mismo programa pequeño-burgués del oportunismo oficial. Desde los "extremistas", al PCE, desde el "Manifiesto" a "Servir al pueblo", el contenido sigue siendo el mismo y, como decía Marx, se expresa únicamente con más o menos violencia.

En una situación histórica extremadamente desfavorable, nuestro papel, el de la vanguardia del proletariado, no es el de desaprobación la rebelión y las luchas de las clases medias, ¡pero mucho menos el de exaltar y seguir estas luchas! Tampoco el de ignorarlas. Nuestro

papel es por el contrario, el servirnos de estas luchas, de las dificultades que éstas crean tanto al Estado burgués como a su oposición, de los desórdenes y de las fisuras que provocan en el encuadramiento ideológico, político y físico de la sociedad capitalista, para difundir y hacer penetrar en ella el programa comunista.

Después de cincuenta años de contrarrevolución, de liquidación total de las posiciones de clase a través de una Internacional y de unos partidos degenerados, unidos a 25 años de expansión y de prosperidad capitalista, el proletariado se halla completamente ausente de la escena histórica. Si esporádicamente vuelve a luchar sobre sus posiciones de clase, por ahora es únicamente sobre el terreno estrechamente económico, para defenderse de la extorsión creciente de plusvalía, ya sea absoluta o relativa. Por desgracia, para pasar de esta resistencia elemental a su resurrección política, el camino se presenta todavía largo. Por otra parte, el movimiento pequeño-burgués consigue aún y conseguirá durante otro periodo de tiempo hundir, bajo el peso embarazoso de sus objetivos democrático-reformistas, estas luchas rudimentales dirigidas sólo hacia el aumento del salario y a la disminución del horario de trabajo, poniéndole su marcha a todas las luchas políticas.

Esto es tanto más posible en cuanto determinadas categorías pequeño-burguesas son a veces golpeadas por las sacudidas del capitalismo antes e incluso más duramente que los obreros, y porque, estando "encuadradas" menos sólidamente que los proletarios y libres por el miedo de ser desmontadas, osan lanzarse a la lucha violenta.

Esta temporánea inversión de los papeles era inevitable y previsible; ello no nos debe ni sorprender ni desmoralizar. Al contrario, nosotros relevamos el aspecto positivo de estas erupciones, perturbadoras y anunciadoras de la crisis. Pero debemos criticar y combarrir sin tregua los objetivos, la ideología y las ilusiones de los movimientos pequeño-burgueses, para contraponerles no un "economismo" sin perspectiva, sino la política proletaria, el programa comunista.

"Es necesario ante todo delimitarse absolutamente de todos los demás", decía Lenin. ¿Para qué? Para alcanzar la victoria. Y no se debe hacer al modo de los trotskistas, los cuales creen que basta ser "delimitados" una vez por todas en su propio foro inte-

rior, para poderse después mezclar impunemente con quienquiera, salvaguardando apenas una autonomía formal. De nuevo sale a relucir esta delimitación, y debe ser perseguida constantemente en todas las acciones de todos los días. Sólomente así podrá el proletariado quitarse de encima al oportunismo.

La función del partido es la de ayudar al proletariado a educarse a través de sus luchas, a prepararse para la revolución, a organizarse para la consecución de sus tareas. Por ello, debe afirmar constantemente, el carácter original del proletariado, de su doctrina del curso histórico, de sus finalidades históricas, de sus vías y medios de lucha. Debe tener constantemente alerta al proletariado, mostrarle qué problemas deberá afrontar -que van desde la más simple de las huelgas hasta la dictadura y la destrucción del capitalismo-, las falsas soluciones que el oportunismo intentará imponerle y la manera comunista de resolverlos, hacia la cual el proletariado será empujado por la misma fuerza de las cosas. Es por esta razón que -en la medida en que la experiencia de las luchas confirme necesariamente esta previsión y estas advertencias- los proletarios se alinearán sobre las posiciones de clase defendidas por el partido, seguirán sus directrices y se organizarán en torno a éste.

Para elevarse a la altura de su propia misión histórica, el proletariado debe conducir esta lucha ante todo contra el influjo de las clases medias. Mas esta lucha, es el único medio para preparar a dichas clases para la revolución comunista. Si "los comunistas desdeñan esconder sus fines", si no esconden nada, si dicen la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, es porque ésta es su mayor arma.

Nosotros los anunciamos también a las clases medias todo cuanto les reserva el futuro. La vanidad de sus aspiraciones, las medidas que el proletariado deberá tomar con o sin el consentimiento de ellos, etc. y no porque tratamos de "convertirlas" al comunismo ni de "convencerlas" para que renuncien a sus posiciones, sino porque éstas se someterán al proletariado tanto más fácilmente cuanto más les haya mostrado la experiencia la exactitud de las previsiones y la sinceridad de la propaganda de éste.

Sería absurdo esperar una adhesión en masa al comunismo por parte de las clases medias, y es también criminoso hacer "depende" la revolución de dicha adhesión. Estaríamos ya satisfechos si algunas

fracciones de estas capas se batieran con nosotros y otras evitaran de combatir. Indudablemente, la gran masa de dichas capas deberá soportar la revolución sin comprenderla, y será necesario que la dictadura del proletariado tome claramente la delantera a estas no sólo nacional sino internacional, para que cambio, si no su ideología, su actitud práctica con respecto a la revolución.

El 27 de noviembre de 1913, Lenin, examinando en el curso de una reunión moscovita de militantes del partido tal cambio de actitud práctica de las clases medias hacia el socialismo, concluía:

"Por cuanto la democracia pequeño-burguesa siga siempre oscilando, sus ilusiones son para nosotros sacudidas. Cuando sentimos decir a un grupo de demócratas pequeño-burgueses, que declaran su deseo de ser neutrales con respecto al poder soviético, le debemos contestar: la "neutralidad" y las relaciones de buena vecindad son trastos viejos que no tienen valor desde el punto de vista del comunismo. Así hemos formulado siempre las cosas y nunca hemos esperado que estos elementos pequeño-burgueses se volvieran comunistas; pero las propuestas prácticas debemos someterlas a examen. Reservamos el poder estatal exclusivamente para nosotros, (...): si de verdad estáis de acuerdo en mantener con nosotros relaciones de buena vecindad, entonces, señores colaboradores e intelectuales, tomaros la molestia de cumplir alguna tarea. Si no lo hacéis, seréis nuestros enemigos y lucharemos contra vosotros; pero si desempeñáis estas funciones, para nosotros será más que suficiente. Nuestro apoyo es sólido. Aunque no hemos dudado nunca de vuestra falta de firmeza, tampoco hemos negado que tenemos necesidad de vosotros. Edificamos el poder con los elementos que nos ha transmitido el capitalismo; no podemos edificarlo sin utilizar la herencia de la cultura capitalista. Con respecto a la pequeña burguesía, podemos actuar hoy como si ésta fuera un vecino colocado bajo el riguroso control del poder estatal. En una palabra, el proletariado consciente debe comprender que dominar no significa cumplir él solo esta obra".

En una revolución socialista pura, o sea, una revolución proletaria moderna, la relación de fuerza entre el proletariado y las clases medias será infinitamente más favorable para el proletariado que en la Rusia de 1913; sin embargo, como entonces, "entre

la burguesía y el proletariado existirá toda una serie de grados intermedios" que el proletariado deberá dominar sin imaginarse, no obstante, que pueda "llevar a cabo él sólo esta obra". Pero, repetimos, podemos únicamente atraerlos o neutralizarlos, antes de la toma del poder, diciéndoles toda la verdad. Halagarlos, animar sus ilusiones en cualquier momento de la lucha, significaría arrojarlos a los brazos del gran capital. Por ello, hoy, restituirle el programa al proletariado (esto es, hacer cuanto dependa de nosotros para reconstruir un partido en el pleno sentido de la palabra), preparar al proletariado para la revolución y a otras capas sociales, es una misma y única tarea.

El partido no tiene un programa especial para uso de las clases medias, así como no tiene programas particulares para los negros, los hebreos, las mujeres, los jóvenes, los peones, o los psicópatas: el programa comunista no se fracciona para las diversas categorías, sino que supera y suprime todas la barreras de categoría. Esta unificación de la humanidad, la anuncia hoy el proletariado para poderla realizar mañana.

FIN

En el campo de la política, el revisionismo intentó revisar realmente la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal destruyen la base para la lucha de clases -nos decían los revisionistas- y dan un mentís a la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la "voluntad de la mayoría", no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de la dominación de clase, ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresiva, socialreformista contra los reaccionarios.

(Lenin, Marxismo y revisionismo)  
Obras completas 1<sup>o</sup> tomo.

## LOS INTELLECTUALES Y EL MARXISMO

Cuando en 1949 en el número 18 del entonces órgano del partido, "Battaglia Comunista", apareció el siguiente "filo del tempo", los intelectuales -como producto elaborado y como producto semielaborado en las aulas universitarias- no se declaraban entonces contestatarios, pero el fenómeno era viejo como era archiviejo la corte que los oportunistas hacían a los "hombres de la cultura" tanto viejos como nuevos. El artículo que aquí reproducimos conserva pues toda su "actualidad" (manifiestos y palomas de la paz incluidos). Que sirva como punto firme al juzgar la actualidad que se pretende nueva y que tiene los años de Noé (y de sus correspondientes bichos).

\*\*\* \*\*

## A Y E R

En la recta tradición marxista, los cuatro puntos siguientes, que han sido muchas veces desarrollados en su tiempo y lugar, están estrechamente ligados:

1) El movimiento proletario socialista no es de ningún modo un movimiento de cultura y de educación. Las posibilidades del desarrollo del pensamiento son derivaciones y consecuencias del mejor desarrollo de la vida física, y, por ende, vendrán después de la eliminación de la explotación económica. Los que pertenecen a las clases con bajo tenor de vida no tienen necesidad de saber para luchar, basta con que se revelen contra el hambre. Comprenderán después.

2) El partido revolucionario de clase no rehusa acoger en sus filas como compañeros y militantes calificados a individuos de las clases económicamente superiores y servirse de su mejor desarrollo intelectual en su lucha, cuando se han convertido en verdaderos desertores del campo social adversario. En todas las luchas de clase

victoriosas ésta ha sido una de las primeras rupturas de frente contrarrevolucionario, a pesar de presentar inconvenientes, crisis y recaídas en casos individuales.

3) La clase proletaria, de la misma forma que tiene necesidad para su victoria de la formación del partido político, también tiene necesidad de la claridad, continuidad y coherencia teórica, y de la defensa de la doctrina de clase (no la confundamos con el término conciencia, insidiosamente subjetivo y no colectivo, cuyo uso debe ser cedido a posiciones conformistas y tradicionalistas junto a tantos otros trastos viejos del léxico) un puesto de primerísimo orden.

4) El movimiento comunista revolucionario cuenta entre sus peores enemigos, a los funcionarios de las diversas jerarquías, a los "pensadores" y a los "intelectuales" de todo género, exponentes de la "ciencia", de la "cultura", de la "literatura" o del "arte" alegados como movimientos y procesos generales situados fuera y por encima de las determinaciones sociales y de la lucha histórica de las clases.

Cualquier desviación de tales puntos cae, por evidentes razones, en una oposición incurable con las bases del marxismo y conduce a la degeneración oportunista y a la derrota de la revolución.

La desviación respecto al primer punto conduce a la recaída en las tendencias liberales democráticas, con su forma de educación del proletariado por parte de la burguesía quien, con la riqueza, monopoliza el estado, la escuela, la prensa y todo el resto para sus fines de clase.

La desviación del segundo punto conduce al crudo obrerismo, laborismo y sindicalismo puro, que encierra a los proletarios en el límite de un economismo sin salida y niega la lucha política del partido, la conquista del poder revolucionario, único medio para superar el capitalismo.

La desviación del tercer punto conduce al revisionismo y al reformismo, al oportunismo socialdemocrático, a la politicianería del día, al comercio de los principios, al cinismo del lema bersterniano: "el fin no es nada, el movimiento es todo" (se sobreentiende la conclusión: "para los burócratas").

La desviación del cuarto punto conduce a las tres precedentes, a las saturnales del frentismo, conduciendo al vòmito, aún cuando se

trate de un estómago de acero.

Eran de este tipo el de don Carlos y el de don Federico quienes no pudieron evitar, en los albores del movimiento obrero y en los esfuerzos iniciales para llegar a fundar partidos de proletarios, en la época de la Liga de los Justos y de la alianza universal, los contactos con algunos de estos hombres del pensamiento. Se resarcieron ampliamente de ellos con radicales y feroces críticas subversivas, y con sarcamos despiadados. Entre las centenares de citas que se podrían tomar, en una carta a Engels, Marx, envidiándolo por no haber tenido que presenciar una reunión donde estaban no pocos filósofos, filántropos y humanitarios de tal ralea, le refiere que, habiendo sido elegido para redactar la conclusión, no había podido substraerse a la utilización de las palabras habituales: Libertad, Humanidad, Justicia, Civilización, Pensamiento y así sucesivamente. Para excusarse agrega: Me tengo cuidado de ponerlos en los pasajes en donde, no significando absolutamente nada, no podrán hacer daño.

No somos místicos y admitimos que por deber hacia el partido un marxista deba decir o escribir una idiotez. Pero hay dos condiciones para ello: la primera es que no crea en ella, la segunda es la de no buscar hacerla creer a los otros. Pocos de los "leninistas" de hoy llenan aún la primera condición, pero ellos y todos los otros cerdos, pisotean la segunda veinte veces al día.

En los años de la grandiosa revolución rusa, los "intelectuales", navegantes en el cataclismo de la guerra entre las escuelas filosóficas y estéticas (las unas más insulsas y decadentes que las otras) sintieron un rumor, y poseyendo la facilidad de girar sobre su eje, se volvieron hacia oriente. Entre otros, surgió en Francia un movimiento "Claridad" que reagrupaba a escritores y artistas simpatizantes del victorioso (sobre todo porque era victorioso) bolchevismo. Era una claridad que no era la adhesión íntegra a una doctrina y la conversión radical a nuevos principios, sino la del vacío "iluminismo" cerebral que reproducía después de un siglo y medio el iluminismo burgués, el que sin embargo había tenido el coraje de preceder y de preparar una revolución, y no de seguirla con el vago propósito de aprovecharla o de esquivar sus perjuicios.

Los camaradas bolcheviques rusos, marxistas en las fibras pero también en las cabezas de hierro, utilizaban o se proponían utilizar este revuelto en las visceras de todo un mundo enemigo, sin embargo a toda esta gente no hicieron (aunque en parte haya sido gente brava,

pero nada más) mayor caso que con su "intelectualidad" indígena que conocían intus et in cute por haberla visto en todas las pruebas de la historia y de la lucha, voluble a menudo, vil siempre, desmoronarse sucesivamente en las filas de todos los contrarrevolucionarios cuya gama es más numerosa que los colores del arco-iris : liberales, populistas, campesinistas, enarcoides y por último, más allá de las diversas fronteras, emigrados derrotistas.

Un buen camarada francés, Raymond Lefevre, muerto en la travesía del Artico al regreso de Rusia en 1920, recordaba en muchos mitines, como prueba de difusión del comunismo en su país, que nuestro partido contaba con "les quatre plus forts tirages de France" (las cuatro mayores tiradas de Francia), los cuatro escritores cuyas obras alcanzaban las más grande difusión. Eran, Henri Barbusse, George Duhamel, Anatole France (hacemos una excepción hacia este potente cerebro que ha dado muchas páginas verdaderamente vibrantes de subversión desde los fundamentos de un mundo y de su hipocresía dominante), Romain Rolland. El método producía un efecto y era dicho en un buen francés, pero nosotros -militantes marxistas- no habíamos jamás pensado en derribar a la burguesía con la tirada de "bouquins" (libros) de cien mil ejemplares; con algo bien distinto hay que abatir a esta! Sonreíamos, y Raymond, fuerte y sincero, se enfurecía.

Indescriptible era por otro lado la sonrisa y el destello en los ojos de Lenin cuando la conversación se refería a Máximo Gorki, que en la dègringolade general de los intelectuales había permanecido con los bolcheviques y a quien -a causa de la gran notoriedad mundial, aparte de la indiscutible buena fe- no se le había podido negar la hospitalidad, la inscripción y alguna vez la palabra, y se debía renunciar a hacerle entender cuan necio era cuando trataba los problemas sociales y políticos.

#### H O Y

No queremos escribir la historia de los movimientos políticos provocados en el ambiente y con el concurso de los "intelectuales" de las distintas actividades y horizontes. Habría demasiado que decir y sería importante tratar, aparte del "mundo" artístico-literario, el no menos interesante de la ciencia y ver como la

contribución de los Gorki o de los Barbusse son apenas superados en el grado de desconsolante inconsistencia por el de los Joliot Curie y de los Einstein.

Manifiestos de intelectuales fueron hechos por los belicistas alemanes en 1914 para gritar con al autoridad de literarios, músicos, poetas y pintores contra la campaña antialemana un famoso "Es ist nicht wahr"! Los hicieron, ( ¡ay de nosotros!) los antifascistas italianos para detener la marcha de Mussolini, y fué considerado como repliegue genial para un nuevo contraataque después de que no lo habían podido detener las Cámaras de Trabajo y los grupos de obreros armados. El balance desastroso lo conocemos todos; algunos debieron replegarse para no perder la cátedra y la hogaza, otros se enmohecieron y se avinagraron en una oposición impotente, y políticamente terminaron de idiotizarse. Caído el fascismo bajo la no intelectual presión del tritol y de la melinita, salieron a flote, y se dijo que finalmente Italia recuperaba las fuerzas más sanas de la ciencia, del pensamiento, de la técnica que la banda fascista había hechado afuera. Como ciencia, pensamiento, literatura y arte, jamás han sido puestos en circulación tantos productos de desecho, y en esta época post-fascista estamos descendiendo otras rampas enteras de escalones.

La receta de la libertad de pensamiento escrito y oral, y la mentira de la "imparcialidad" frente a las diversas opiniones del mecanismo público, son nuevas condiciones de degeneración, y estamos en las entipodas de la potencia aún doctrinal y científica que emanó de la victoria de la revolución totalitaria rusa. Basta pensar en aquella lamentable transmisión radiofónica que trata de los problemas sociales o políticos en el "Convegno dei 5" (nombre del programa), en el cual se exhiben en tímidos enunciados y en castradas objeciones, aunque ácidas de indigestos celos de categoría, ciertos pedantes de primera clase.

Pero donde se prepara y se inicia en gran estilo la movilización mundial de la fuerza del Pensamiento es en el movimiento contra el Pacto Atlántico y en los Congresos por la Paz.

Pidiendo socorro a los artistas, el simbolismo pasa a primer plano, y aquel extraño animal dibujado por Picasso ofusca gravemente el ojo incorpóreo del viejo Noé, quien refregándose vigorosamente en el otro mundo se pregunta si no ha cometido una gran tontería al embarcar en el Arca y después dar suelta por los cielos apaci-

guados, a la originaria, vulgar, zoológica paloma,

Arte de vanguardia. En su tiempo nos la daban con todo porque negábamos todo valor revolucionario al movimiento futurista. "Es una fuerza del pensamiento, apoyémosla", decían los habilísimos habituales, que por cierto no han sido inventados en la Rusia marca Cominform. "Son como nosotros subversores de las formas del pasado"; "Lacerba" de Papini osa definir el monumento al gran Rey como "un moadero con un bombero dorado encima"! Marinetti exalta la fuerza física y se da puñetazos con los contradictores en los teatros y en las plazas! Unámonos a ellos! No es necesario recordar cómo Papini entre frailes, y Marinetti entre las camisas negras, han dado la medida de lo avanzado de sus posiciones. No han derribado ni siquiera el monumento, sagrado para la actual república y para el Secretariado oficial del arte moderno.

Esta orientación de subordinación a los intelectuales del mundo burgués y de hinchazón de su vanidad resume y sintetiza, impulsándola hacia su estadio más agudo, la prostitución de la lucha de clase en el aspecto teórico, organizativo y de acción.

El manifiesto o las declaraciones para las firmas por la Paz, a parte del recurso a la forma tontamente legalitaria, es ensalzada como la obra de un escritor católico, y contiene la invocación a la divinidad. La misma burguesía había planteado la antítesis entre la espera de la salvación por parte de Dios o de la liberal emanación de la voluntad del pueblo...

Los girones de la teoría y de la coherencia son arrojados uno después del otro como lastre para salvarse de la caída. Evidentemente con estos últimos lanzamientos el lastre está terminado, la barquita del oportunismo deberá terminar en la vergüenza del naufragio.

Un próximo fin más cercano aún de lo que podría esperarse sería la no improbable proclamación del pacto de amistad internacional y social con las fuerzas de la plutocracia de occidente, el digno abrazo del gavilán imperialista con la paloma putita.

\*\*\*    \*\*\*    \*\*\*

\*\*\* \*\*

La crítica revolucionaria, no dejándose seducir por las apariencias de civilización y de sereno equilibrio del orden burgués, había establecido desde hacía mucho tiempo que aun en la república más democrática el estado político constituye el comité de intereses de la clase dominante, desbaratando definitivamente las representaciones imbéciles según las cuales, desde que el viejo estado feudal clerical y autocrático fue destruido, habría surgido, gracias a la democracia electiva, una forma de Estado en la cual son representados y protegidos con los mismos derechos todos los componentes de la sociedad, cualquiera que sea su condición económica. El Estado político, aun y sobre todo el representativo y parlamentario, constituye un instrumento de opresión. Se lo puede muy bien paragonar al depósito de las energías de dominio de la clase económica privilegiada, apto a custodiarlas en su estado potencial en las situaciones en que la revuelta social no tiende a explotar, pero sobre todo apto a desencadenarlas en las formas de represión de policía y de violencia sangrienta apenas se eleven del subsuelo social los temblores revolucionarios.

(en "FUERZA, VIOLENCIA, DICTADURA EN LA LUCHA DE CLASE" pag. 23)